

Virginia Woolf en torno a la problemática de género: la improductividad y su relación con la labor de escritora en *Un cuarto propio* y *Orlando*

Camila Belén Lucero¹

Estudiante de Letras Modernas, Facultad de Filosofía y Humanidades,
 Universidad Nacional de Córdoba, Argentina
camilabelenlucero00@gmail.com

Recibido 17 de septiembre de 2023, aprobado 27 de noviembre de 2023

Resumen: Virginia Woolf nos remite constantemente a la reflexión sobre las problemáticas de género. Sus obras debaten la imposición masculina y el consecuente sometimiento femenino que lleva a un desequilibrio social. En este trabajo, retomaremos tales cuestiones en torno a la construcción de una sociedad patriarcal acentuada por las bases del poder simbólico (Bourdieu, 2000). El dinero como objeto de disputa económica y vital se torna un medio improductivo. En este sentido, nuestro análisis se centrará en la lógica funcional del dinero con fines artísticos y reflexivos, que devendrá en una consecuente improductividad. Para ello, abordaremos dos capítulos correspondientes a las obras *Orlando* (1928) y *Un cuarto propio* (1929).

Palabras clave: disputa económica, dominación, improductividad, género, labor artística.

Virginia Woolf Regarding Gender Issues: Unproductiveness and its Connection with the Writer's Labour in *A Room of One's Own* and *Orlando*

Abstract: Virginia Woolf constantly calls us to reflect upon gender issues. Her literary work deals with male imposition and the consequent female subjugation that leads to social imbalance. In this article, we will return to such matters around the construction of a patriarchal society accentuated by the bases of symbolic power (Bourdieu, 2000). Money, as an object of economic and vital dispute, becomes an unproductive means. In this sense, our analysis will focus on the functional logic of money for artistic and reflective purposes, which will lead to a consequent unproductiveness. In order to do this, we will address two chapters of the novels *Orlando* (1928) and *A Room of One's Own* (1929).

Keywords: economic dispute, domination, unproductiveness, gender, artistic work.

¹ Con aval de la Lic. Julieta Videla Martínez, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Introducción

Desde Bourdieu (1998), podemos entender que la instauración del dominio patriarcal como poder simbólico va más allá de la conciencia de los sujetos involucrados. Woolf, en *Un cuarto propio* (1929) explica que no culpa al género masculino por manifestar esta dominación, sino a su educación. Más bien, a la falta de civilización en la educación (Woolf, 2013). El comportamiento preponderante de los hombres por sobre las mujeres remite a un sistema social que ya se encuentra naturalizado en la conciencia y el accionar de todos los sujetos. De esta manera, tanto los dominadores (hombres) como las dominadas (mujeres) son presos de su pleno funcionamiento (Bourdieu, 2000). Al mismo tiempo, tanto en esta obra como en *Orlando* (1928) nos encontramos con el cruce permanente entre ficción y realidad que la autora utiliza como recurso narrativo. La labor de la escritora se entrelaza con estos cuestionamientos basados en la desigualdad social a la que se enfrenta, una y otra vez, Virginia Woolf como mujer, pero al mismo tiempo, como escritora.

Esta idea, entonces, se transmite al conflicto de la escritura. Woolf nos permite entender por qué las mujeres, a lo largo de la historia, han tenido mayor dificultad para desarrollar dicha actividad. La autora realiza una crítica a la construcción del sistema social, basado en un poder simbólico patriarcal, para permitirnos entender cuán difícil resulta a las mujeres conseguir dinero y tiempo para escribir. Así, toda la problemática del género femenino va a estar ligada a la labor del escritor. Woolf no desea poseer dinero para vivir mejor, sino para poder escribir. En este caso, lo estético se vincula fuertemente con las problemáticas sociales.

De esta manera, a lo largo del presente trabajo nos referimos a la problemática del dinero en las obras de Virginia Woolf, donde se expone una lógica del este en paralelo a la de su uso común en el contexto social en el que la escritora vive. Dicha lógica funcional se manifiesta no ya como un objetivo o fin que se desea alcanzar para continuar su aumento exponencial y por consiguiente su bienestar vital, sino como un medio que le permite escribir en tanto actividad artística y reflexiva no industrial. En consecuencia, se percibe como no productiva, en tanto que no aporta un producto considerado “útil” al mercado, en una sociedad burguesa plenamente instalada.

Para esto, partiremos de un primer apartado donde recurrimos al trabajo de Bloom (1994) para identificar en qué medida lo netamente social se vincula con lo estético. De esta forma, entendemos las estrategias narrativas que impulsan el trabajo de Woolf para desarrollar su preocupación. Posteriormente, complementaremos esta idea en un segundo apartado, en

el cual nos referiremos a las concepciones sociológicas de Bourdieu (2000) con respecto al poder simbólico establecido en la sociedad. Ya que según el autor, dentro del campo social se lleva a cabo una disputa por la obtención y/o acrecimiento de los bienes capitales, lo que contribuye a una desigual distribución de tales bienes, provocando, de esta manera, la dominación masculina. Para finalizar, en un tercer apartado nos dedicaremos de lleno a la hipótesis del trabajo, con la finalidad de percibir el dinero como medio improductivo. Ya que consideramos que poseer el tiempo y el dinero necesarios resulta difícil cuando se trata de una mujer. Asimismo, también resulta complicado para las mujeres conservar una posición social sin tener que recurrir a la mantención económica masculina. Veremos, entonces, que el desarrollo de la actividad artística se dificulta debido a estas problemáticas sostenidas a lo largo del tiempo.

Dialéctica entre la verdad y la ficción

Si hay un recurso que podemos identificar constantemente en el trabajo de Virginia Woolf es el cruce entre realidad y ficción. Siguiendo a Lyndall Gordon en *Virginia Woolf. Vida de una escritora* (1986), el arte y el feminismo de Woolf se relacionan para desarrollar su experimentación estética (Gordon, 1923). Así lo vemos en la producción de su trabajo autobiográfico² donde se manifiesta una mirada sobre su vida personal. Al mismo tiempo, se da la fusión con lo ficticio, donde el recuerdo se transforma en arte impersonal. En estos términos, Woolf “ve a la biografía como un retrato, y no como un compendio de hechos” (p. 25). Los hechos y los recuerdos se encuentran mezclados con el uso de la imaginación para complementar aquellos vacíos de realidad: “La memoria le prestaba el rayo, pero solo la imaginación podía dirigirlo” (p. 25).

Este uso se localiza también dentro del acercamiento de la voz narrativa en *Orlando*. En el “Capítulo II”, el personaje principal explica que el deber primordial del biógrafo es el de contar la verdad, es decir, hechos auténticos, aun cuando hay situaciones que no tienen explicación alguna, por lo que deja “a juicio del lector las conclusiones” (Woolf, 2003, p. 43). La imaginación hará de complemento ante aquellos sucesos que no tienen mayor explicación o aquellas situaciones donde la memoria no alcanza. Tal como podemos verlo más adelante cuando se lamenta por no tener mayores datos sobre la etapa de Orlando como embajador.

² Lyndall Gordon expresa que en las obras de Virginia Woolf —tales como *Al faro* (1927)— se puede encontrar, a la vez, un trabajo biográfico de su familia. Así, en casos como el de la señora Ramsay, nos encontramos con el retrato de su madre. Ya que la caracterización del personaje evoca recuerdos personales.

Al mismo tiempo, en *Un cuarto propio* (1929) la invención de la hermana de Shakespeare también se encuentra dentro del juego entre realidad y ficción. La autora nos narra, de manera hipotética, qué hubiera ocurrido si Shakespeare hubiera tenido una hermana llamada Judith. Es decir, recurre a la imaginación para complementar su postura con respecto a la injusta posición de la mujer en la sociedad del siglo XVI.

La imaginación hace del lenguaje un uso poético y no es exclusivamente comunicativo, ya que la guía para relatar aquellos sucesos es la manifestación del arte y la belleza de la palabra a través de la implementación de recursos poéticos, tales como la metáfora. Es así como Gordon nos lo demuestra que Woolf, para hablar de la muerte de su hermana en *Al faro* (1927), la compara con la llegada de la primavera y el desarrollo de la fertilización. De este modo, nos permite comprender la forma pasiva de aceptar su destino. El uso de metáforas también podemos visualizarlo en *Orlando*, cuando la autora emplea el elemento del oro para complementar la descripción de la llegada de una nueva era:

Sus complejidades la azoraban. Ahora le parecía que el mundo estaba anillado de oro. Fue a una comida. Pululaban los anillos de boda. Fue a la iglesia. Anillos de boda por todos lados. Salió en coche. De oro o enchapados, delgados, gruesos, lisos, pulidos, ardían apagadamente en todas las manos. (Woolf, 2003, p. 152)

Harold Bloom, en *El canon occidental* (1994), expresa el amor de Virginia Woolf por la lectura. Según el autor: “se trata de una estética apocalíptica, para quien la existencia humana y el mundo quedan sólo justificados como fenómeno estético” (Bloom, 2011, p. 280). La percepción de la realidad y el mundo se expresan desde una mirada puramente artística. De ahí su preocupación por “un cuarto propio”, que se dará principalmente por esta búsqueda del desarrollo artístico. Es así como su activismo feminista se canaliza a través de lo estético. Se da esta suerte de feminismo contemplativo (p. 293), puesto que: “no es tanto una idea o compuesto de ideas como una formidable colección de percepciones y sensaciones” (p. 281). Lo poético es empleado para teorizar las problemáticas de género, por eso podemos leer sus obras como una fuerte crítica a la sociedad, pero desde el juego con los elementos narrativos que otorgan un significado sumamente poético. Así es como, siguiendo a Bloom, el ensayo *Un cuarto propio* se puede leer como un

poema en prosa (p. 292). Las problemáticas sociales no se despegan de su preocupación estética, tal como se verá también en *Orlando*. El amor por la literatura se convierte, entonces, en un juego entre la verdad y la ficción, y la historia y la imaginación para narrar la desnaturalización de un estado de sociedad construido puramente por parámetros patriarcales.

La dominación masculina

Dentro de la disputa por la obtención de bienes, la mujer es la que tiene mayor poder simbólico. Según Bourdieu (1998), la mujer siempre ha sido estimada como símbolo de grandeza y nobleza masculina. Además, la mujer, en tanto reproductora, contribuye de manera clave en la acumulación de capital simbólico, que deviene en una acumulación del honor familiar. En *Orlando*, al ser mujer sin esposo y sin hijos, la protagonista no posee los recursos necesarios para mantener su capital cultural, económico, etc. El valor del terreno y sus posesiones del hogar son propiedad del hombre de la familia. La mujer queda totalmente por fuera de la disputa de bienes, del honor familiar y, por supuesto, no puede opinar con respecto al tema. Por lo tanto, no es posible que lleve a cabo su propia mantención ni propagación de bienes.

De esta manera, la problemática de la mujer como objeto de contemplación o de acumulación se tensiona al reflexionar sobre su imposibilidad, en tanto sujeto de derechos, a desempeñar actividades sociales en equidad con los hombres. En la obra *Tres guineas* (1938), Woolf lleva esta idea hacia la configuración de la educación académica como la plena manifestación de esta dominación masculina. La autora nos transporta a la reflexión sobre los privilegios que surgen desde el primer momento en que la mujer tiene el paso prohibido a la educación escolar, mientras que el hombre participa de ella como parte de su derecho viril.

Este conflicto también se traslada al ámbito laboral, ya que, aunque las mujeres tengan la oportunidad de conseguir trabajo, siempre se van a encontrar en desventaja con respecto a los hombres. Aquí es donde, siguiendo nuevamente a Bourdieu en *Cosas dichas* (1988), el dinero se distribuye de manera desigual en todo el campo social. El desequilibrio se mantiene beneficiando al género masculino que posee mejores oportunidades laborales, al mismo tiempo, logrando una que genera una disputa entre los sujetos del mismo género. Por esto, Woolf en *Un cuarto propio* (1929) habla de por qué los ricos suelen ser los más irritados: se encuentran en una tensión constante por mantener su capital. Esta disputa masculina en el ámbito laboral otorga una superioridad marcada de forma casi innata, al encontrarse por fuera de

su conciencia: “de ahí la importancia enorme de sentir que tanta gente —por cierto la mitad del género humano— es por naturaleza inferior a él. Debe ser ésta, en verdad, una de las principales fuentes de su poder” (Woolf, 2013, p. 38).

Ante esta problemática, Woolf nos cuenta que, debido a la disputa misma entre los hombres por quitarse o mantener su poder simbólico, la mujer se vuelve necesaria en el marco de ese altercado, ya que, su marcada inferioridad le otorga la dominación y, por ende, el poder al género masculino. Es decir, el varón compite por la superioridad del género en cuanto a los bienes capitales, pero descansa sobre la premisa de su primacía jerárquica en relación a las mujeres. Atentar contra el sistema patriarcal implica atentar contra los medios de su asentamiento, que, siguiendo a Bourdieu en *La dominación masculina*, “va más allá de los sujetos implicados. Se encuentra naturalizado y por ello tiene trascendencia social” (1998, p. 14). La virilidad y su dominación ante lo femenino es toda una concepción que se ha mantenido y fortalecido a lo largo de la historia. Tal es así que toca el espacio del inconsciente, logrando que no solo los dominadores contribuyan a su funcionamiento —luchando para mantener su poder, por medio de la violencia simbólica—, sino que también lleva a los dominados a seguir fortaleciendo este sistema.

De esta forma, no es posible que la mujer logre salir con facilidad de este engranaje social en el que ha sido percibida como objeto de disputa y siempre ha mantenido una posición de desventaja.

El dinero y el valor improductivo

Con respecto a la diferencia jerárquica que existe entre los géneros masculino y femenino, la escritora nos lleva a pensar cómo esto repercute en el arte. Más concretamente, en la creación de tales obras. Ante esto el dinero resulta un medio imprescindible para lograr llevar a cabo dicha labor. Para abordar tal problemática, volvemos al “Capítulo III” de su ensayo, donde Woolf se pregunta qué pasaría si Shakespeare hubiese tenido una hermana dotada de la misma grandeza poética que él. Según Woolf, es muy probable que nunca hubiera alcanzado la escolarización ni la misma educación literaria que el gran dramaturgo inglés. Probablemente se habría debido quedar en su casa cumpliendo con las tareas domésticas, por lo que no poseería el tiempo y la disposición que sí tuvo, en cambio, su hipotético hermano William. Incluso, al llegar a la mayoría de edad hubiera tenido que casarse para continuar con el linaje, mientras que su hermano no tuvo la misma presión. Por lo tanto, Woolf explica que Judith hubiera terminado por volverse loca: “aquella mujer,

pues, que nació en el siglo dieciséis con el don de la poesía, era una mujer desdichada, una mujer en contradicción consigo misma” (Woolf, 2013, p. 52). A través de la ficción, mediante la creación de un personaje imaginario, Woolf problematiza acerca de la gran diferencia que existen entre los roles de un género y otro, tal como habíamos planteado anteriormente.

La sociedad imposibilita a la mujer la labor de escribir, ya que esto no está dentro de sus funciones vitales. De hecho, escribir es una actividad que se desentiende de las prioritarias para el mantenimiento y “buen funcionamiento” del orden social: “el mundo no pide a las personas que escriban novelas, poemas e historias; no precisa de ellos” (Woolf, 2013, p. 54). Por lo tanto, si esto implica ya una dificultad para el hombre, para la mujer mucho más aún.

Dentro de toda aquella actividad social entendida como “útil”, es decir, con una finalidad práctica para el mercado, el trabajo de las artes se constituye únicamente como una actividad de gasto, ya que no posee un fin productivo, sino más bien el del deleite en sí mismo. Es aquí donde la función de la obra de Virginia Woolf se vuelve una concepción improductiva. El cuestionamiento hacia el patriarcado va destinado al desempeño de la actividad artística. Woolf explica que la mujer puede acceder al trabajo, pero esto resulta dentro de los límites de lo entendido como femenino. O, más bien, el trabajo que no es masculino. Siguiendo esta línea, la mujer se construye, dentro de una concepción patriarcal, como todo aquello que no hace a un hombre de honor. Por ejemplo, como explica Bourdieu (1998), por medio de la contraposición débil/fuerte. El hombre que es débil o blando es, entonces, menos hombre y, por lo tanto, más parecido a una mujer. El sistema de valoración femenina nace de la plena valoración masculina: “exaltación de los valores masculinos tiene su tenebrosa contrapartida en los miedos y las angustias que suscita la feminidad: débiles y principios de debilidad en cuanto que encarnaciones de la vulnerabilidad del honor” (Bourdieu, 2000, p. 39).

Asimismo, aunque la mujer disponga del dinero necesario para mantenerse y permanecer en la casa para dedicarse a escribir, debe seguir desempeñando las tareas domésticas. Tales tareas se entienden como correspondientes a la labor femenina, mientras que está mal visto que un hombre realice el aseo, cocine o planche. El hombre “honorable” es aquel que trabaja fuera de su casa. Por todos estos impedimentos la mujer se enfrenta con dificultades, sin contar la labor de esposa y madre.

El dinero es un bien valioso, escaso, necesario para el sustento de la vida humana. Sin embargo, resulta insuficiente a la hora de considerar actividades exclusivamente artísticas. Podemos pensar en una doble improductividad de

este. En primer lugar, el dinero resulta, como ya dijimos, insuficiente para la mujer ya que, por más de que disponga de él, esto no le asegura el tiempo libre necesario para dedicarse a escribir. En segundo lugar, el dinero resulta improductivo porque no se destina a las principales finalidades sociales dentro del engranaje capitalista. La mujer, quien siempre ha sido entendida como sujeto reproductor dentro de la naturaleza, y como encargada de la gestión y administración del ámbito hogareño se vuelve improductiva en el ámbito laboral. Para la mujer el dinero se convierte en un bien improductivo, debido a que lo despoja de su valor mercantil. Al deber ser productiva en el hogar, la mujer pierde su carácter productivo en términos laborales, por lo que el dinero pasa a ser un medio improductivo.

Por otro lado, si bien sin dinero no es posible conseguir los medios materiales para dedicarse a la escritura, este no es el único requisito para poder llevar a cabo dicha actividad. La falta de tiempo es otro impedimento importante que repercute en la gran diferencia que existe en el lugar que la mujer ocupa en la sociedad, destinado única y exclusivamente a la gestión del hogar y a pertenecer al capital simbólico masculino.

En *Orlando* (1928) se nos presenta un personaje por fuera del comportamiento “normal” de un hombre de clase noble. Woolf lo describe como un poco torpe y tímido, un joven que disfruta de la soledad, y que no participa de las costumbres de su sociedad: “Orlando se cansó pronto no solo de la incomodidad de esta vida, y de las escabrosas calles de la vecindad, sino también de las costumbres bárbaras de la gente” (Woolf, 2003, p. 11).

Desde el primer acercamiento a la obra, notamos una diferencia de este personaje con respecto a todo lo que lo rodea. Además, otra característica que lo hace aún más extraño es su condición de escritor. La actividad artística es presentada en el segundo capítulo como algo improductivo, fuera del lugar que le corresponde a Orlando como noble:

El miserable se dedica a escribir. Y eso ya es bastante malo en un pobre, sin otra propiedad que una silla y una mesa debajo de una gotera —pues al fin de cuentas no tiene mucho que perder—, el trance de un hombre rico, que tiene casas y ganado, doncellas y burros y ropa blanca, y sin embargo escribe libros, es penoso en extremo. (Woolf, 2003, p. 31)

Es decir, nuevamente nos encontramos ante una problemática con respecto al dinero y a las actividades improductivas, sin dejar de tener en

cuenta que la posición de Orlando es totalmente diferente a la de cualquier mujer, ya que es un joven aristócrata. En efecto, estamos frente a un personaje que no encaja del todo con el rol masculino o femenino³. De este modo, volvemos a la labor de escritor como un trabajo improductivo, en el sentido de que resulta una actividad totalmente descolocada en la vida de alguien que posee determinadas obligaciones, por su lugar en la nobleza, a las que debe corresponder. Al mismo tiempo, Orlando se siente inútil en la búsqueda de un buen desarrollo de la escritura, él mismo expresa que el dinero no puede comprarle una frase bien hecha (Woolf, 2003, p. 49). Aquí podemos ver otro caso de doble improductividad, en la que el dinero es utilizado de forma no práctica —útil, mercantil— y al mismo tiempo es insuficiente para la actividad a la que se está destinado. Esta situación se agrava una vez que Orlando se convierte en mujer.

Este conflicto repercute en el cuestionamiento de la dominación masculina, ya que, retomando a Bourdieu (1998), lo masculino es sinónimo de liderazgo, fortaleza, de poder llevar a cabo las tareas necesarias para el mantenimiento económico y social del hogar. Orlando cuestiona esa posición al ser un hombre que no encaja del todo en el estándar de género y clase social a las que pertenece. La insistencia en la escritura viene a contribuir en esta problemática. Orlando insiste en dedicarse y perfeccionarse en la escritura más que en su bienestar. No espera nada de la vida, simplemente se dedica a escribir. Es así como termina por desencajarse en la sociedad cortesana. Esto lo vemos, por ejemplo, en la burla de los demás hacia su amor por la lectura y la soledad.

Además, su devoción hacia la literatura es tal que considera la antigüedad —griega— una época gloriosa con respecto a la escritura. Considera a la literatura como una actividad sagrada, incluso más que el propio hecho de tener una buena posición económica y de disfrutar de tales privilegios. Su pensamiento se vuelve improductivo —en términos del mercado— a medida que va acercándose más y más a la escritura. Así, notamos que a lo largo de la obra el uso del lenguaje se desenvuelve en un plano sentimental y reflexivo. En el “Capítulo II”, Orlando se envuelve en un sentimiento de melancolía con respecto a la vida y la muerte. Esto alcanza tal profundidad que Orlando baja a la cripta de su familia para reflexionar allí con los huesos de sus antepasados. A partir de ese momento llega a la conclusión de lo efímero de la vida: “nada queda de todos esos príncipes —repetía Orlando, con una disculpable exageración de su jerarquía—, sino un falange” (Woolf, 2003, p. 46).

³ Esta concepción se refiere a la figura del andrógono que plantea Gascón-Vera en “To be or not to be: la ansiedad de la androginia en Virginia Woolf” (2002).

De esta manera, la literatura y la vida quedan en un plano fundamentalmente sentimental, donde los valores vitales contribuyen constantemente al estado de creación y deleite estético.

Siguiendo a Bloom, Virginia Woolf toma a Orlando como una forma de verse a sí misma: una lectora apasionada (2011, p. 294). Esto choca con la condición de mujer a la que se ve sometido posteriormente. En el “Capítulo IV”, la posible pérdida de su hogar produce un cuestionamiento con respecto a la posesión de los bienes capitales. Orlando se pregunta si realmente es incorrecto que posea tantos bienes como los que tendría un hombre. Sin embargo, no siente tanta preocupación ante estas dificultades que la obligan a pensar en la posibilidad del matrimonio como por el hecho de no poder continuar con su escritura. Cuando se despide del archiduque no le importa perder un título o la seguridad que le podría traer el matrimonio, sino que reflexiona sobre la pérdida de un amante y utiliza esto como tema para su composición. Su primer impulso es escribir. En todo momento la vida se manifiesta como un impedimento para su soledad y, en consecuencia, para la escritura. De este modo la vida se vuelve material estético para su producción artística. La metáfora de la vida le sirve en todo momento.

La vida y sus normas le dificultan las cosas aún más que cuando era un hombre noble, ya que la presión social es mayor. Sin embargo, incluso así el dinero y la posición económica le sirven únicamente para poder dedicarse tranquila al deleite de la escritura. Por supuesto, sin dejar de tener en cuenta el enorme peso que implica mantener el hogar y los deberes como esposa.

Conclusión

En el presente trabajo pudimos realizar un análisis de las posiciones sociales que se establecen entre el género masculino y femenino. La dominación masculina, desde Bourdieu (1998), se asienta en la posesión de los bienes simbólicos que respaldan su poder. En este sentido, la mujer se concibe como un bien simbólico a disputar entre los diferentes dominios masculinos. Esto ya genera una gran diferencia en cuanto a la forma de entender y llevar adelante las convenciones sociales. Llevado este problema a la escritura, el dinero juega un papel preponderante ya que, como hemos podido confirmar, adquiere un valor improductivo en un doble sentido. Es decir, se presenta como un medio necesario para la labor del escritor, pero esto no basta para llevar a cabo efectivamente esa actividad.

A raíz del recorrido del trabajo, comprendemos que la mujer no solo tiene la gran desventaja de no poseer muchas formas de conseguir dinero,

sino que, incluso teniéndolo, no consigue el tiempo necesario para poder producir la escritura. Frente a esta dificultad, en ambas obras visualizamos la constante preocupación por lograr llevar a cabo la escritura. En este sentido, las actividades rentables quedan excluidas a la finalidad del arte. El dinero como poder simbólico pasa a ser un medio para discutir las cuestiones de género, por medio de la manifestación estética de la vida. Y es así como, en el caso de Orlando, la literatura adquiere un valor mayor que la posición social a la que pertenece. Su preocupación constante va a estar limitada por estos parámetros.

De esta forma, en las obras de Woolf el dinero es despojado de toda valoración, por el contrario estas se basan en un fin artístico que resulta “inútil” para la sociedad, en términos del mercado. Los fines prácticos de la mujer son entendidos dentro de los límites que le impone la dominación masculina. Un hombre noble no debe dedicarse a escribir —Orlando—, y una mujer no tiene tiempo para tal actividad. Por lo tanto, las cuestiones de género están relacionadas con las del trabajo, aunque no se tenga plena conciencia de ello, la dominación patriarcal se encuentra arraigada a todos los ámbitos de la sociedad.

A su vez, el valor del dinero no puede pensarse por fuera de la problemática de género, ya que la cuestión de la escritura en tanto arte, depende de la posesión de bienes culturales y económicos que delimitan el prestigio social y la libertad para llevar a cabo su realización.

De acuerdo con Elena Gascón-Vera en “La ansiedad de la androginia en Virginia Woolf” (2002), la obra de Woolf le sirve para explicarse a sí misma como mujer, pero al mismo tiempo como escritora, ya que ambas cuestiones se relacionan intrínsecamente. Controlar el espacio es, al mismo tiempo, controlar la posibilidad de elección. A través de la androginia demostrará: “la forzada arbitrariedad de la invisibilidad de las mujeres dentro de la sociedad” (Gascón-Vera, 2002, p. 103). La mujer como objeto simbólico es tomada como un cuerpo para otro. Woolf cuestiona este posicionamiento logrando que el dinero se convierta en un medio de reflexión constante.

Referencias

- Bloom, H. (2011). *Orlando*, de Virginia Woolf: el feminismo como amor a la lectura. En *El canon occidental*. Trad. por Damián Alou. Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). Espacio social y poder simbólico. En *Cosas dichas*. Trad.

- por Margarita Mizraji. Editorial Gedisa.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Trad. de Joaquín Jordá. Editorial Anagrama.
- Gascón-Vera, E. (2002). To be or not to be: la ansiedad de la androginia en Virginia Woolf. En *Clepsidra*, Revista interdisciplinaria de memoria. pp. 99-110.
- Lyndall, G. (1984). Un retrato de familia. En *Virginia Woolf. Vida de una escritora*. Trad. por Jaime Zulaika. Editorial Titivillus.
- Woolf, V. (2015). *Tres guineas*. Trad. por Laura García. Editorial Godot.
- Woolf, V. (2003). *Orlando*. Trad. por Jorge Luis Borges. Edhasa.
- Woolf, V (2013). *Un cuarto propio*. Trad. por Teresa Arijón. Editorial El cuenco de plata.